

y la inexplicable misericordia de Dios nos dió la vida de la gracia; este sacrificio debe ser, pues, de reconocimiento eterno, de acción de gracias sin término. Y para activar en nuestras almas la eficacia del recuerdo de la redención, recordemos qué parte personal, abundante y demostrada con tantas pruebas solo de nosotros conocidas; hemos recibido de la sangre, de los méritos y del amor de nuestro divino Redentor. Entonces subiremos al altar con el corazón henchido de reconocimiento, y nuestro sacrificio será recibido con inefable complacencia por nuestro buen Dios, y descenderemos del altar firmemente resueltos á permanecer fieles y á mostrarnos generosos para probar nuestro reconocimiento.

Reparación.—*Tu solus sanctus!* Sí, Señor, tú eres absolutamente Santo; pero todo hombre es falible, y desde las cumbres de la santidad más perfecta es capaz de descender al abismo de la mayor miseria por ignorancia, debilidad é inadvertencia. Así aconteció con este justo tan agradable á los ojos de Dios cuyas virtudes hemos admirado. La recitación bíblica dice con sobria elocuencia: *Cepit Noe exercere terram et plantavit vineam; bibensque vinum inebriatus est, et nudatus in tabernáculo suo.* Es justo admitir que el santo Patriarca fué sorprendido por la fuerza ignorada de este nuevo licor, y que fué más bien una desgracia que una falta. Pero qué consecuencias tan desastrosas acarrea! La pérdida de la razón, el olvido del respeto de sí mismo, la vergonzosa desnudez, el escándalo y la ocasión de la pérdida de un hijo irrespetuoso, es verdad, pero que encuentra en la falta de su padre la ocasión de su pecado. “El que está en pie, tema, no caiga.” Que la prudencia, la vigilancia y la templanza presidan todas nuestras acciones! Es

tan fácil olvidarse de estas virtudes. Pero las consecuencias de este olvido no son menos desastrosas para el sacerdote que para el justo Noe

PUNTOS DE ADORACION

SOBRE LA

VIDA MÍSTICA DE NTRO. SR. JESUCRISTO

✦ EN EL SANTISIMO SACRAMENTO. ✦

HONOR Y RESPETO AL SANTISIMO SACRAMENTO.

Venite, exsultemus Domino,
jubilemus Deo, salutari nostro;
præcepimus faciem ejus in
confessione, et in psalmis jubi-
lemus ei.

Ps. 94.

PRIMER PRELUDIO.—*Representate á Jesús en la Eucaristía, la gloria que le rodea, el centellante esplendor de sus heridas, la dulce majestad de su persona: escucha la tierna invitación que te hace de que vayas á El, que te promete consolar y regalar con dulcísima ternura.*

SEGUNDO PRELUDIO.—*Pide las virtudes, que esta meditación te indique que sean más necesarias.*

Punto primero.—*Considera que la presencia de Nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía debe ins-*

pirarnos un profundo respeto. La presencia de Dios debe en todas partes infundirnos circunspección y respeto; pues El llena todas las cosas con su inmensidad, las consagra con su santidad, el universo entero es templo suyo, pero en ningún lugar debe inspirarnos más respeto que en aquel en que se encuentra bajo las especies sacramentales. La Eucaristía es el trono de su gloria sobre la tierra, en ella da asiento á su santa Humanidad para recibir nuestros homenajes. El honor que debemos rendirle debe corresponder, si fuese posible, á los oprobios que nuestros pecados le han hecho sufrir. Si tu fé fuese más viva, no te impresionaría menos este terrible misterio, que si le vieses morir sobre el Calvario. El altar en que reposa es el lugar más santo del mundo, puesto que es la fuente de toda santidad, el Autor de nuestra santificación, el principio de nuestra deificación. La majestad con que viene es admirable; multiplica sus milagros, á fin de hacer más augusta y venerable su presencia. Las obras de gracia que hace en la Eucaristía, son inexplicables: y si es verdad que la vida de Jesucristo ha sido una misa solemne que comenzó en el establo de Belén y acabó en el Calvario, podemos decir también que la misa no es otra cosa que la vida y la muerte de Jesucristo, cuyo misterio durará hasta la consumación de los siglos. Todas sus perfecciones, humanas y divinas, aparecerán un día y pondrán de manifiesto la gloria de su humanidad, de la cual es tan celoso en ese Sacramento que le da la presidencia; la divinidad, no viene, según los teólogos, sino por concomitancia, y nos atrevemos á decir, que para honrarle. Los ángeles, dice San Marcos en su liturgia, están en éxtasis: y San Crisóstomo, que los

veía á menudo cerca de los altares, asegura que, cuando el sacerdote pronuncia las palabras de la Consagración, el cielo se abre para dejar venir en multitud á esos espíritus bienaventurados á adorar al Santo de los Santos, estando delante de él con increíble respeto hasta la consumación del sacrificio. Si los ángeles, que son de una condición tan noble, se muestran tan respetuosos en presencia de Jesús, ¡con qué reverencia debemos comparecer ante su trono eucarístico! ¿Quién eres en esa asamblea de los Príncipes de su corte? En los rayos del sol, un átomo es imperceptible: tú eres delante de Dios más pequeño, mejor dicho, eres casi nada.

Punto segundo.—Considera que el respeto que le debemos al Santísimo Sacramento debe llegar al última grado de adoración. Todos los Sacramentos que Nuestro Señor ha establecido en la Iglesia son admirables, dice San Agustín, y merecen una veneración particular; pero el de su Cuerpo y el de su Sangre los aventaja á todos. Lo ha hecho el objeto de nuestras adoraciones como el de nuestra fé. Quiere que todos los fieles se dejen arrebatar de admiración ante este Pan del cielo, que según David, debe ser “comido y adorado,” juntamente, por razón de las dos sustancias que contiene, á saber: la carne del Hijo de Dios destinada á servirnos de alimento, y su divinidad que le es inseparable. Por la adoración que merece se distingue este manjar de los manjares ordinarios, y los Padres de la Iglesia, para hacer el discernimiento, no nos dan señales más brillantes que el culto soberano, y la reverencia interior y exterior que le debemos. Con este culto, que llamamos de latría, ha sido honrado siempre en la Iglesia. Nadie, dice San Agustín, debe comer este manjar sin que antes lo adore.

Adoramos, bajo las especies de pan y vino que vemos, la Carne y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo que no vemos. San Jerónimo dice, que si adoramos por la fé la majestad de nuestros misterios, no son las especies solas, ni las simples apariencias de pan y de vino, á quienes rendimos los honores divinos; á la manera que en la Encarnación adoramos la divinidad de Jesucristó revestida de carne mortal, que no disminuye nada la veneración debida á su grandeza, del mismo modo en la Eucaristía adoramos su carne sagrada bajo los símbolos del Sacramento, que oculta el resplandor de su gloria.

Si estás persuadido que á Jesucristo se refieren los homenajes rendidos a la divina Eucaristía: si crees firmemente que recibes su Cuerpo y su Sangre participando de estos adorables misterios, ¿cómo es que te conduces con tan poco respeto? Sobre el altar el Cordero se inmola por nosotros; el sacerdote gime y llora por los pecados del pueblo; un fuego espiritual sale del tabernáculo y se derrama por todo el lugar santo; los serafines se cubren el rostro; los espíritus bienaventurados se aprovechan de este tiempo favorable, intercediendo por tí acerca de Dios á quien has ofendido, y tú en lugar de unirte á ellos y de enalzar con alabanzas al Criador, le irritas aún más, conduciéndote con irreverencias ante la grandeza infinita de tu Dios.

Punto tercero.—Considera que el respeto y la adoración que le debemos á Jesús en el Sacramento, debe llegar hasta el anonadamiento. La adoración, que no es otra cosa, según los Padres, que una protesta voluntaria que hacemos por nuestra sumisión, de la soberana excelencia y de la majes-

tad infinita de su persona. He aquí porque debe producir dos movimientos en nuestra alma: uno por el cual se eleva á la soberana grandeza de Jesús: otro por el cual se abisma en su nada.

De la pureza de conciencia requerida para comulgar.

Por tanto, examínese á sí mismo el hombre: y de esta suerte coma de aquel pan y beba de aquel cáliz.

I. Cor. IX. 28.

Punto primero.—Considera lo que dice el Concilio de Trento: “El que quiera comulgar debe traer á la memoria este precepto del Apóstol: *Examine-se á sí mismo el hombre*; y la costumbre de la Iglesia declara que la prueba, que es necesaria, consiste en que nadie pueda acercarse á comulgar antes de confesarse, si se siente culpable de algún pecado mortal, por muy contrito que le parezca hallarse.” *Sess. 13.* Reflexiona sobre estas dos necesidades: es necesario estar exento de pecado mortal para comulgar dignamente; el que se sienta culpado de alguna falta mortal, está obligado á confesarse antes de acercarse á la sagrada mesa, y no le basta estar contrito de su pecado. Estas dos obligaciones no son sólo de precepto eclesiástico, sino de derecho divino fundado en las palabras de San Pablo; y en cuanto á la primera, parece que aún es de derecho natural, pues la razón nos dicta que es una gran irreverencia presentarse al banquete

eucarístico siendo enemigos de Dios y sin reconciliarnos con El. Nadie, dice San Ambrosio, puede participar de los Sacramentos, sino teme á Dios; sino conserva el sello de la gracia, recóbrele después de haberle perdido, á la manera que el hijo pródigo no fué admitido á la mesa del padre sino después de haber sido revestido con nuevo y limpio ropaje. Con qué contrición, con qué abundancia de lágrimas y con cuánta pureza de alma y de cuerpo, debemos celebrar este misterio, en el que recibimos en realidad la Carne del divino Salvador, en el que bebemos su Sangre, en el que las cosas más elevadas se unen á las más viles y las divinas á las humanas.

Punto segundo.—Mide la enormidad del pecado que comete aquel que comulga indignamente. Si se considera el objeto profanado, es el primero, el más augusto, el más santo de los Sacramentos, de donde resulta un enorme sacrilegio. Si se considera la persona que recibe la injuria, es un Hombre Dios. Como hombre, la injuria que recibe sobrepasa á cualquier tormento que las criaturas pudieran sufrir; como Dios, sobrepasa á todos los pecados que deshonoran directamente á la Divinidad.—Si se considera la persona que hace la injuria es un hombre que, más vil que la nada, tiene la audacia de ultrajar á su Criador, á su soberano Señor, en su propia mesa, despreciando su infinita grandeza y todas las gracias que ha recibido de su bondad. En fin, si se consideran las circunstancias que agravan su crimen, es tanto más culpable cuanto que no peca por ignorancia, ni por fragilidad, sino por malicia, opone al más grande esfuerzo del amor divino la ingratitude más negra, las más horrible perfidia. Por esto San Cipriano

le coloca en el rango de los idólatras, diciendo que profana el templo del Espíritu Santo, que destruye el santuario, que sirve al mismo tiempo á Jesús y Baal, y que participa á la vez de la copa del Salvador y la de los demonios. San Juan Crisóstomo le compara unas veces á los judíos, que crucificaron á Jesús; otras veces á Herodes que quería darle muerte en el pesebre, so pretexto de adorarle. En fin, San Agustín dice que la Cruz del Calvario, en la que el Salvador espiró, le fué menos sensible que la que sufre en una conciencia manchada por el pecado mortal.

Punto tercero.—Considera el riguroso castigo con que Nuestro Señor amenaza al que profana el Santísimo Sacramento.

1.º El banquete eucarístico es, para muchos que comen el pan del cielo con boca profana, un lazo en el que su alma se aprisiona de tal suerte, que se hace esclava del pecado, y pierde, con la libertad de los hijos de Dios, el vigor que antes tenía para hacer el bien y apartarse del mal.—2.º Es un escándalo para aquellos que conocen los crímenes de su vida, y que se indignan de ver tanta abominación bajo la máscara de una falsa devoción.—3.º Es una nube espesa que obscurece su entendimiento con tinieblas tan densas, que no le es permitido soportar el brillo de las verdades eternas, encontrando por una ceguedad prodigiosa, la noche en medio del día, el error y la mentira en presencia de la verdad encarnada.—4.º Es un peso insoportable que hace sucumbir su voluntad: en lugar de ver disminuir la violencia de sus malas inclinaciones, ve que al contrario le tiranizan más, y que necesita más esfuerzos para salir de su miseria.—5.º Abandonado á sí mismo y á sus

pasiones, ¿qué puede esperar este desgraciado sino el caer de precipicio en precipicio y por un encadenamiento funesto de pecados, encontrar en la impenitencia final el término y el castigo de su vida desventurada? Encuentra la muerte donde tantos otros encontraron la vida, cambia su remedio en veneno, el paraíso en infierno, el principio de su inmortalidad gloriosa en el instrumento fatal de su condenación eterna. Tiembla á la vista de esta desgracia, y pídele á Dios Nuestro Señor que te preserve de ella. No te alejes por esto, de este divino Sacramento, sino por el contrario, prepárate para recibirlo con más caridad.

De la generosidad, de la fuerza y de la
confianza que la frecuente
Comunión exige y que al mismo tiempo nos da.

Me has preparado un festín
para sostenerme contra aque-
llos que me persiguen.

SALMO XXII.

PRIMER PRELUDIO.—*Represéntate á Jesús en la Eucaristía, la gloria que le rodea, el centellante esplendor de sus heridas, la dulce majestad de su persona: escucha la tierna invitación que te hace de que vayas á El, que te promete consolar y regalar con dulcísima ternura.*

SEGUNDO PRELUDIO.—*Pide las virtudes que esta meditación te indique, que más necesites.*

Punto primero.—Considera que el Santísimo Sacramento es llamado el pan de los fuertes, porque aquellos que lo comen deben tener la generosa voluntad de combatir todo aquello que puede desagradar á Dios, y turbar la paz de su corazón. Pues el corazón del que comulga es el lecho en que reposa el Rey pacífico: “*El lecho de Salomón*, dice el libro de los cánticos, *está rodeado de sesenta de los más valientes de Israel, y todos llevan la espada en la mano*, á fin de que nada turbe su sueño durante la noche. Este lecho misterioso es el cristiano que ha recibido á Jesucristo; lecho que debe cubrirse de flores, es decir, debe estar adornado de todas las virtudes. La tienda real, es el Tabernáculo donde se guarda al Santísimo Sacramento.” He aquí el Tabernáculo de Dios entre los hombres, él permanecerá con ellos, y ellos serán su pueblo; y el mismo Dios habitando en medio de ellos, será su Dios.” (*Apoc. XXI, 3.*) El primer pabellón de guerra que escogió al venir al mundo fué el seno de la Virgen Madre. Pero cuando determinó volver á su Padre, adoptó para su tienda el Tabernáculo Eucarístico, y escogió á nuestro corazón para su lecho de reposo, queriendo permanecer invisiblemente con nosotros y en nosotros. Los fieles que comulgan á menudo son los fuertes de Israel, que velan al rededor de su lecho. Deben pues, estar siempre armados y prontos para el combate, á fin de que ningún deseo desarreglado, ninguna pasión rebelde turbe al alma en la que Dios quiere morar.

Punto segundo.—Considera que el Santísimo Sacramento es llamado pan de los fuertes, no sólo porque los que lo comen deben estar en disposición de dominar sus pasiones, sino porque este pan les da fuerza y valor. Pues, si David se sentía fortifi-

cado por el solo pensamiento de este festín, ¿qué fuerza no deben sacar aquellos que participan de él verdaderamente? “El que come mi Carne y bebe mi Sangre permanece en mí, dice el Señor, y yo en él.” Si esto es así, como en realidad lo es, ¿qué habrá que temer, teniendo tan poderoso auxiliar? Yo estoy en Dios, dijo San Agustín, ¿qué cosa hay más fuerte? y Dios está en mí, ¿qué cosa hay más dulce? Aun cuando me halle en medio de las sombras de la muerte, Señor, nada temeré, puesto que estáis conmigo. ¡Qué seguridad iguala á aquella que me da vuestra presencia, oh amable Salvador mío! Y cuando tú me protejes, ¿qué mal podrán hacerme los enemigos que contra mí se han conjurado?

Punto tercero.—Considera que el Santísimo Sacramento es llamado pan de los fuertes, porque es la recompensa de las almas que valerosamente pasan sobre todo aquello que se opone á su perfección, y consiguen la victoria sobre sus enemigos. En efecto, la Eucaristía se da á los vencedores como el galardón de sus combates y la prenda de su salvación. Esto era lo que significaba la corona de oro que adornaba la mesa en que eran depositados los panes de proposición. El Santísimo Sacramento es la piedra preciosa donde se hallan grabados los nombres de los predestinados, como los nombres de las doce tribus estaban grabados sobre aquella que llevaba el sumo sacerdote de la antigua ley. Es la estrella de la mañana que antecede al día de la eternidad, la aurora que anuncia el sol de la gloria. Es el árbol de vida que repara nuestras fuerzas, y nutre nuestro cuerpo y nuestra alma para la inmortalidad. Es el trono donde el Hijo de Dios invita á los esclavos del demonio á recobrar su libertad, prometiendo sentarlos á su lado,

si tienen el valor de romper sus cadenas. Es el maná que oculta todas las delicias del cielo y que hace sentir el gusto anticipado de la gloria á aquellos que emprenden el viaje á la verdadera tierra de promisión. En fin, es la fuente de paz que llena nuestro corazón de la más dulce esperanza. La seguridad que nos da nos hace llevar valerosamente, como firmísimas columnas el edificio de la perfección cristiana, que es el trabajo de toda nuestra vida.

JACULATORIAS.

¿Qué cosa más justa, alma mía, que pagar tributos á nuestro divino Rey, Jesús-Hostia, por los excesivos favores y grandiosísimos beneficios que te presta diariamente por la Sagrada Comunión? ¿Y en qué podrán consistir estos tributos sino en amarle, adorarle, agradecerle y pedirle? Dulce Jesús mío, Dios mío y Rey mío, aquí tenéis mi pobre corazón. Vos me lo pedís con tanta constancia é insistencia, vuestro es: ¡oh, reinad en él, Señor, para que se haga así más digno de Vos! ¡Ay Jesús dulcísimo! ¡qué feliz el alma que persevera constante al pie de vuestros divinos tabernáculos para rendir obsequiosa sus devotos homenajes á ese Corazón santísimo, incendio inextinguible de amor!

Actos de Amor.

El que ama de veras á otra persona, ¿puede dejar de alegrarse en su corazón de sus dichas y felicidades? Si amas pues, de veras, alma mía, á este soberano Señor, á Jesús—Hostia tu divino amante, que tan de veras te ama á tí, ¿podrás dejar de alegrarte, de gozarte y complacerte de su dicha, de su gloria, de su felicidad? ¿Por ventura no goza Jesús—Hostia entre los hombres, entre los hijos de Adán? *Deliciae meae esse cum filiis hominum.* Reflexiona y medita bien esto, alma mía, y así andarás más solícita en buscar á Jesús y no estarás tranquila sino cuando le hayas encontrado: *Inquietum est cor nostrum donec requiescat in te.*



PUNTOS DE ADORACION

SOBRE LA

VIDA MISTICA DE NRO. SR. JESUCRISTO

→ EN EL SANTISIMO SACRAMENTO. ←

De la generosidad, de la fuerza y de la confianza que la frecuente Comunión exige y que al mismo tiempo nos da.

Me has preparado un festín para sostenerme contra aquellos que me persiguen.

SALMO XXII.

PRIMER PRELUDIO.—*Recuerda la relación de San Lucas en el capítulo IV, donde habla de las frívolas excusas de los convidados á aquel festín magnífico. Sabe que la indigna preferencia que suele darse á las frivolidades de la vida es el resultado de una fé lánguida.*

SEGUNDO PRELUDIO.—*Pide una grande estimación al dón precioso de la Eucaristía.*

Punto primero.—*Considera la necesidad de la fé. Esta virtud es el primer movimiento del alma que quiere aproximarse á Dios. La fé es necesaria para recibir con fruto el pan de vida, pues sólo ella puede ver á Jesús bajo los velos eucarísticos que ocultan su divino semblante. Este misterio no puede caer bajo el dominio de los sentidos, la razón no puede comprenderlo; es necesaria una luz so-*

brenatural para reconocerle al través de las especies que lo encubren. Pues está en este Sacramento de una manera muy diversa de la que como está en las demás criaturas. Está en las cosas criadas, dicen los teólogos: por esencia, llenándolo todo, por presencia, conociéndolo todo, mas está bajo las santas Especies por la presencia real de su Santa Humanidad, unida á su divina Persona. En el universo está oculto á los ojos del cuerpo, bajo cuyo dominio caen las cosas sensibles; pero no lo está á los ojos del espíritu, que lo ven, dice San Pablo, en el espejo de las criaturas; pero en el Sacramento está oculto á los sentidos y al espíritu; á los sentidos que solo se detienen en las apariencias; al espíritu que no puede elevarse más allá de la luz natural. La divinidad está oculta en la humanidad y la humanidad está bajo la figura de pan. Para hallarle en este misterio es necesario pues, aproximarse con fé cumplida y con vivo sentimiento de su presencia.

El Divino Salvador ha establecido este misterio de fé para hacerte ejercitar la sumisión de tu espíritu, y para hacerte sacrificar lo que tienes de más caro, los sentidos y la razón. Se puede en verdad tocar, dice S. Bernardo, pero no con las manos sino con el corazón; se puede ver, pero con los ojos de la fé y no con los de los sentidos.

Punto segundo.—Considera el mérito de la fé. Esta virtud produce, en el corazón del hombre, tres efectos que le disponen ventajosamente á la participación de los divinos misterios. El de luz, movimiento y reposo; luz para contemplar al divino Salvador; movimiento para aproximarse á El; y reposo para gozarle. Durante la comunión, ten pues á menudo esta antorcha encendida, á fin de que con-

temples, no estos débiles accidentes que engañan nuestros sentidos, sino á Jesús, Rey de la gloria, que oculta el resplandor de su semblante, más brillante que mil soles, para darte mayores muestras de bondad é infundirte menos temor.

Esta vista debe producir en tí lo que la presencia de Jesús en San Juan Bautista, cuando aún estaba en el seno materno; debe hacerte saltar de regocijo, y darte impulso á todas las virtudes, á fin de que honres al Huésped divino que te visita; esperanza, para alentarte á seguirle con alegría; humildad, para anonadarte y abismarte ante su grandeza; caridad, para abrazarle amorosamente; religión para rendirle homenaje; obediencia, para que te sometas á su divina voluntad. Además, esta misma vista debe recoger todas las potencias de tu alma, y obligarte á desterrar todo lo que pueda distraerte de la conversación de tu Esposo. Pues él se queja en el silencio y el reposo; y si no se deja ver con evidencia se hace sentir con certidumbre

Este ejercicio de la fé es de mucho mérito y precio, á causa de la gloria que le da á Nuestro Señor sujetándole la potencia más noble de nuestra alma, abriéndole la puerta del corazón, que es el trono de su amor, y la mansión más deliciosa que haber puede sobre la tierra. Por lo demás, el esfuerzo que hay que hacer para cautivar el espíritu y obligarle á ver lo que no ve, es heróico. En fin, esta fé que nos somete á Jesucristo y le hace reinar en nuestros corazones nos le hace entrar para colmarnos de bienes y obrar en nosotros los grandes efectos de su amor. Es la llave que hace entrar en las grandes almas la maravillas de Dios, y les hace gozar las inestimables riquezas de la gracia.

¡Qué de tesoros no has perdido por no haber cul-

tivado cuidadosamente el dón de la fé! Si estuvieses persuadido de estas verdades, ¿osarías aproximarte á Nuestro Señor sin contrición y sin respeto?

Punto tercero.— Considera la recompensa prometida á la fé cuando lleguemos á la contemplación de la luz increada. Será medida por los méritos que se adquirieron aquí abajo entre las tinieblas. No conviene á la misericordia de Dios, ni á su justicia, dice un Padre de la Iglesia, excluir de su reino á aquellos que tan estrechamente se unieron á él durante el destierro de la vida; mas es justo, que en el cielo, donde se manifiesta al descubierto su incomprendible grandeza, honre de una manera particular á aquellos que le han honrado bajo las especies del Sacramento.

De estas excelentes palabras saca estas consecuencias: primera, que el buen uso de la comunión es como una prenda cierta de la bienaventuranza; segunda, que aquellos que tienen una fé viva de la presencia de Jesucristo en el Sacramento de su amor, tienen una corona particular en el cielo; tercera, que esta corona es una visión más clara y más amorosa de su Humanidad. Porque, como la posesión de los santos reposa en su esperanza, y la alegría es la medida de sus buenos deseos, del mismo modo la clara visión corresponde al mérito de la fé. ¿Y en dónde la fé es más generosa hacia la humanidad de Jesucristo que en el Sacramento de su amor? Y es pues, creíble, que aquellos que la ejercen con mayor perfección, verán más claramente lo que más perfectamente creyeron, y que Jesús, habiendo sido de una manera extraordinaria el objeto de su fé; lo será también de su beatitud, y por la virtud de su soberana hermosura colmará su corazón de delicias.

Jesús en el Sacramento

nos enseña á morir en nosotros mismos.

PRIMER PRELUDIO.— *Prosternado en espíritu delante del Santísimo Sacramento, representate á Jesucristo en su trono de amor, como Maestro celestial que te enseña, con su ejemplo, lo que debieras ser, y lo que no eres, es decir, un hombre perfecto y mortificado.*

SEGUNDO PRELUDIO.— *Pídele á Nuestro Señor una chispa de su amor, que renueve en tí, por conformidad con su muerte, el espíritu de mortificación, que es tan necesario para sacar fruto de la comunión.*

Punto primero.— Considera que el estado del Divino Salvador en el Sacramento es un estado figurativo de su muerte, por la cual salvó á todos los hombres.

Al mudar por un cambio admirable la sustancia del pan, en la propia sustancia suya, ha llevado consigo los méritos y los tesoros de la cruz, para comunicárnoslos cuando vayamos á visitarle ó recibirle en la Santa Comunión.

Si quieres que el espíritu de Jesucristo te llene de su virtud y que que continúe en tí el oficio de Salvador de las almas, que ha desempeñado al morir en la cruz, es necesario que entre en tu corazón y que destruya en él todo lo que hay de vicioso, y que haga, en cambio, florecer las obras de la gracia. ¿Por qué? Porque mientras te dejes guiar